

SANCTI ANSELMO SOBRE LA PROCESIÓN DEL ESPÍRITU SANTO CONTRA LOS GRIEGOS

PRÓLOGO.

Los griegos niegan que el Espíritu Santo proceda del Hijo, como nosotros los latinos confesamos. Tampoco aceptan a nuestros doctores latinos, a quienes seguimos en esto. Puesto que veneran los evangelios con nosotros, y en otros aspectos sobre el Dios trino y uno creen lo mismo que nosotros, que estamos seguros de lo mismo: espero, con la ayuda del mismo Espíritu Santo, que si prefieren adherirse a la verdad sólida en lugar de contender por una victoria vana, puedan ser razonablemente conducidos de lo que confiesen sin ambigüedad a lo que no aceptan. Aunque hay muchos que pueden hacer esto mejor que yo; sin embargo, ya que muchos me lo imponen, a cuya petición, tanto por el deber del amor a la verdad como por su caridad y voluntad religiosa, no me atrevo a resistir; invoco al mismo Espíritu Santo para que se digne guiarme en esto. Con esta esperanza, por la humildad de mi conocimiento, dejando lo más alto a los más sabios, abordaré lo que se me pide; y usaré la fe de los griegos y lo que creen y confiesen sin dudar como argumentos certísimos para probar lo que no creen.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuál es la fe común de latinos y griegos sobre la Trinidad.

Creen ciertamente que hay un solo y perfecto Dios, y que no tiene ninguna parte, sino que es todo lo que es. También confiesan que es Padre, Hijo y Espíritu Santo; de modo que ya sea que se diga solo Padre, o Hijo, o Espíritu Santo; o dos juntos, Padre e Hijo, o Padre y Espíritu Santo, o Hijo y Espíritu Santo; o los tres juntos, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se designa al mismo Dios total y perfecto, aunque el nombre de Padre o Hijo no signifique lo mismo que el nombre de Dios. Pues no es lo mismo ser Dios que ser Padre o Hijo. Sin embargo, el nombre de Espíritu Santo, porque se entiende que el Espíritu Santo es el espíritu de alguien, se pone como un nombre relativo. Pues aunque el Padre es espíritu y santo; y el Hijo es espíritu y santo; sin embargo, el Padre no es el espíritu de alguien, ni el Hijo es el espíritu de alguien: como el Espíritu Santo es el espíritu de alguien; es el espíritu de Dios, y el espíritu del Padre y del Hijo. Aunque los griegos niegan que proceda del Hijo; no niegan que sea el espíritu del Hijo. También creen y confiesan que Dios es de Dios naciendo, y que Dios es de Dios procediendo; porque el Hijo es Dios del Padre Dios, naciendo; y el Espíritu Santo es Dios del Padre Dios, procediendo. Tampoco piensan que sea otro Dios el que nace, que aquel de quien nace: y el que procede, que aquel de quien procede, aunque según los nombres significativos de que es de quien alguien nace, y es quien de alguien nace, y es quien de alguien procede, admite pluralidad; según la cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son varios y diferentes entre sí. Pues cuando se dice que Dios es Padre, se significa que es de quien alguien nace; y cuando se nombra al Hijo, se entiende que es quien de alguien nace; y cuando se nombra al Espíritu Santo, porque no entendemos espíritu en absoluto, sino espíritu de Dios, se muestra que es quien de alguien procede. Pero cuando se dice que el Hijo es del Padre, y el Espíritu Santo es del Padre, se entiende que esto que es el Hijo, o el Espíritu Santo, lo tienen del Padre. Pero se entiende de manera diferente que el Hijo es del Padre, y de otra manera el Espíritu Santo: pues el Hijo es de su Padre, es decir, de Dios que es su Padre; el Espíritu Santo, sin embargo, no es de Dios su padre, sino solo de Dios que es Padre. Por lo tanto, el Hijo según que es de Dios, se dice Hijo de él; y aquel de quien es, Padre de él: pero el Espíritu Santo no según que es de Dios es hijo de él; ni aquel de quien es, es su padre. También es cierto que Dios no es Padre o Hijo, o Espíritu de alguien sino de Dios; ni hay

cosa alguna que sea Dios, sino el mismo Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y así como hay un solo Dios, así hay un solo Padre, un solo Hijo, un solo Espíritu Santo. De donde resulta que en esa Trinidad no hay Padre sino del mismo Hijo; ni Hijo, sino del mismo Padre; ni Espíritu Santo de alguien, sino del mismo Padre e Hijo. Esta es, por tanto, la única causa de pluralidad en Dios; que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no pueden decirse de sí mismos, sino que son diferentes entre sí; porque de las dos maneras mencionadas, Dios es de Dios. Todo lo cual puede llamarse relación: pues, ya que el Hijo existe de Dios naciendo, y el Espíritu Santo, procediendo; por la misma diversidad de natividad y de procesión se refieren entre sí, como diferentes y distintos entre sí. Y cuando la sustancia tiene ser de sustancia, allí se hacen dos relaciones inseparables; si según ellas se ponen nombres de sustancia: pues cuando el hombre es, engendrando, de hombre; se dice hombre, de quien es hombre, padre; y hombre, que es de hombre, hijo. Por lo tanto, es imposible que el padre sea aquel hijo, cuyo padre es; y que el hijo sea aquel padre, cuyo hijo es: aunque nada impide que el padre sea hijo, y el hijo sea padre, cuando un hombre es padre y hijo; porque es padre respecto a uno, y hijo respecto a otro. Pues cuando Isaac es padre de Jacob, e hijo de Abraham; el padre es hijo, y el hijo es padre sin contradicción; porque se dice padre respecto a otro que a su padre; y hijo respecto a otro que a su hijo; pero que el padre sea en el mismo Isaac aquel hijo, cuyo padre es; o que el hijo sea aquel padre, cuyo hijo es, no es posible. Así, pues, en Dios, cuando Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo; y no es Padre, sino del mismo Hijo; ni Hijo, sino del mismo Padre; ni Espíritu de alguien, sino del mismo Padre e Hijo: el Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo; el Hijo no es el Padre; ni el Espíritu Santo es el Padre. Pues ya que el Hijo es del Padre, y el Espíritu Santo es del Padre; ni aquel de quien es alguien, puede ser aquel que es de sí mismo; ni aquel que es de alguien, puede ser aquel de quien es, como ya se ha dicho: por eso ni el Padre es el Hijo, ni el Espíritu Santo; ni el Hijo, ni el Espíritu Santo es el Padre. Sin embargo, el Hijo, para decir por ahora otra causa, ya que aún no está claro que el Espíritu Santo sea de él y proceda de él, por eso no es el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo es el Hijo; porque el Hijo, naciendo, tiene ser del Padre; el Espíritu Santo, sin embargo, no naciendo, sino procediendo, ni el Hijo puede ser su propio espíritu, ni el Espíritu Santo puede ser aquel cuyo espíritu es.

CAPÍTULO II.

Cómo la unidad indivisible y la pluralidad inseparable convienen en Dios.

Dicho esto, investiguemos cómo la unidad indivisible y la pluralidad inseparable se relacionan entre sí en Dios. Sin embargo, ya que creemos y confesamos indudablemente lo que se ha dicho, tanto nosotros que decimos que el Espíritu Santo procede del Hijo, como los griegos que no sienten lo mismo que nosotros sobre este asunto, debemos aceptar sin ninguna ambigüedad, con un solo consenso, lo que necesariamente se sigue de esto. Pues sigue, según la propiedad de la unidad de Dios, que no tiene partes, que todo lo que se dice de un Dios, que es todo lo que es, se diga de todo Dios Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; porque cada uno solo, y todo, y perfecto Dios es. Pero la oposición de relación mencionada anteriormente, que nace de que Dios es de Dios de las dos maneras mencionadas, prohíbe que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se digan de sí mismos, y que las propiedades de cada uno se atribuyan a los demás. Así, pues, las consecuencias de esta unidad y de esta relación se armonizan; de modo que ni la pluralidad que sigue a la relación se extienda a aquello en lo que suena la simplicidad de la unidad mencionada; ni la unidad impida la pluralidad, donde se significa la misma relación; de modo que ni la unidad pierda alguna vez su consecuencia, donde no se opone ninguna oposición de relación; ni la relación pierda lo que es suyo, salvo donde se opone la unidad inseparable. Si lo consideramos con ejemplos, aparecerá más claramente cómo la simplicidad de la unidad excluye de sí la pluralidad, que está en la

significación de los nombres relativos, es fácil de conocer: confesamos que el Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo; ni el Hijo es el Padre, ni el Espíritu Santo; ni el Espíritu Santo es el Padre, ni el Hijo. Por lo tanto, sigue que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son diferentes entre sí, y varios. Pero el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios. ¿Qué es, pues, más consecuente, si la pluralidad de personas mencionada conserva su propiedad, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean varios dioses, y diferentes entre sí? Pero esto de ninguna manera lo admite la simplicidad inviolable de la Deidad, que creemos que es un solo Dios. Así, la unidad de la esencia de Dios rechaza la consecuencia de los relativos. También debe considerarse cómo la pluralidad de relaciones se opone a la consecuencia de la unidad; si primero ponemos algunas de las cosas en las que no se opone ninguna oposición. Decimos que un Dios es el Padre, y es el Hijo, y es el Espíritu Santo, y que es el mismo Dios, ya sea que se diga uno, o dos, o tres juntos. Si, pues, Dios es eterno, por la unidad de la Deidad, se sigue necesariamente que el Padre es eterno, el Hijo es eterno, el Espíritu Santo es eterno. Y ya que, ya sea que se diga uno, o varios juntos, son un solo Dios; no hay más que un eterno. Una consecuencia similar, si se dice que Dios es creador, o justo, o algo de las otras cosas, en las que no se entiende ninguna relación mencionada.

CAPÍTULO III.

Cómo la relación restringe la consecuencia de la unidad de Dios.

Veamos ahora cómo la relación restringe esta consecuencia de la unidad de Dios. Decimos que Dios es Padre. Por lo tanto, ya que un Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la unidad de Dios exige que el Hijo sea Padre, y que el Espíritu Santo sea Padre; pero se opone la relación que prohíbe que el Hijo o el Espíritu Santo sean el Padre. Pues ni la naturaleza permite, ni el entendimiento comprende que el que existe de alguien sea aquel de quien existe; o que de quien existe, sea el que existe de sí mismo. Sin embargo, el Hijo y el Espíritu Santo existen del Padre; por lo cual el Hijo o el Espíritu Santo no pueden ser el Padre, aunque Dios sea el Padre, y el mismo Dios sea el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Lo mismo se conoce, si se dice que Dios es el Hijo: pues la consecuencia de la unidad de Dios quiere que también el Padre, y el Espíritu Santo sean el Hijo. Pero el Padre, de quien es el Hijo, no puede ser el que es de sí mismo; el Espíritu Santo, que existe del Padre procediendo, no es el que es del Padre naciendo. Asimismo: cuando se dice, Dios es el Espíritu Santo; la unidad mencionada requiere que también el Padre y el Hijo sean el Espíritu Santo; pero ni el Padre, de quien es el Espíritu Santo, puede ser el que es de sí mismo; ni el Hijo, que existe del Padre naciendo, es el que es del mismo Padre procediendo, es decir, el Espíritu Santo. Sin embargo, cuando aparezca que el Espíritu Santo es del Hijo, entonces también será claro que por esto el Hijo no puede ser el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no puede ser el Hijo. Consideremos aún cómo las oposiciones mencionadas se oponen a la consecuencia de la unidad mencionada: Dios es de Dios. Por lo tanto, una vez aceptado esto, ya que el mismo Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; sigue según esta identidad que Dios Padre sea Dios de Dios, y Dios de quien es Dios; y de manera similar el Hijo, Dios de Dios, y Dios de quien es Dios; y del mismo modo el Espíritu Santo. Pero preguntar si cada uno es Dios de quien es Dios, no es otra cosa que considerar si cada uno es Dios de Dios. Pues no puede ser Dios de Dios, sino el Padre o el Hijo o el Espíritu Santo; y sino del Padre o del Hijo o del Espíritu Santo. Examinemos, pues, si cada uno es Dios de Dios, y se verá si cada uno es Dios de quien es Dios. Pero el Padre no puede ser de Dios, por la oposición mencionada. Pues ya que no es Dios sino el Padre o el Hijo o el Espíritu Santo, o dos de estos, o los tres juntos; no puede ser Dios Padre de Dios, sino del Padre, es decir, de sí mismo, o del Hijo, o del Espíritu Santo, o de dos, o de tres. De sí mismo no puede ser; porque el que existe de alguien, y de quien existe no puede ser el mismo. No es del Hijo; porque el Hijo es de él: y por eso no puede ser del

Hijo. No es del Espíritu Santo, porque de él es el Espíritu Santo; ni puede ser el que es de sí mismo. No puede ser del dos o tres juntos, por la misma razón de oposición. Sin embargo, el Hijo Dios debe ser de Dios Padre, porque el Padre no es de él; del Hijo, es decir, de sí mismo no puede ser; no es el mismo el que existe de alguien, y de quien existe. Si es del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo de él se mostrará después. Pero primero diremos del Espíritu Santo si según la consecuencia mencionada es del Padre, y de sí mismo. Del Padre ciertamente debe ser; porque no se opone ninguna oposición: pues no es el Padre de él. De sí mismo, sin embargo, es imposible que sea; porque no puede ser el que existe de alguien, y de quien es, el mismo. En todo esto nada se opone a la consecuencia de una identidad, sino alguna de las oposiciones mencionadas. Lo que se conoce en esto, es necesario que ocurra inmutablemente en todo lo que se dice de Dios.

CAPÍTULO IV.

Aunque el Hijo no sea del Espíritu Santo, el mismo Espíritu procede del Hijo.

Ahora debemos investigar, a través de las razones irrefutables mencionadas anteriormente, si el Hijo es del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo del Hijo. Digo que, así como, por la razón mencionada, o el Padre es del Hijo, o el Hijo del Padre: y de manera similar, o el Padre es del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo del Padre; así también, o el Hijo es del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo del Hijo. Quien niega esto, también debe negar que hay un solo Dios; o que el Hijo es Dios; o que el Espíritu Santo es Dios; o que Dios es de Dios, porque de esto se sigue lo que digo. Además: el Hijo o el Espíritu Santo no son del Padre, sino de la esencia del Padre, que es una con el Hijo y el Espíritu Santo. Por lo tanto, cuando se dice que el Hijo es de Dios Padre; si el mismo Dios es Padre y Espíritu Santo, sigue, según la unidad de la Deidad, que también es del Espíritu Santo. De la misma manera: cuando confesamos que el Espíritu Santo es de Dios Padre; si el mismo Dios es Padre e Hijo, sigue según la misma unidad de la Deidad, que también es del Hijo. De esto, por lo tanto, se conoce claramente que o el Hijo es del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo del Hijo; ya que ambos no pueden ser verdaderos o falsos. Por lo tanto, es necesario que el Espíritu Santo sea del Hijo; si se puede demostrar que el Hijo no es de él. Pues si alguien dice que no sigue que el Hijo sea del Padre y del Espíritu Santo, porque uno es Dios, Padre y Espíritu Santo; aunque no se oponga otra cosa, o que el Espíritu Santo sea del Padre y del Hijo, porque uno es Dios Padre e Hijo; aunque el Hijo no sea del Espíritu Santo: considere, porque cuando Dios es de Dios, o es todo de todo, o parte de parte, o todo de parte, o parte de todo. Pero Dios no tiene parte alguna: es imposible, por lo tanto, que Dios sea de Dios, o que todo sea de parte, o que parte sea de todo, o que parte sea de parte. Por lo tanto, es necesario que, si Dios es de Dios, todo sea de todo. Por lo tanto, cuando se dice que el Hijo es de Dios que es Padre y Espíritu Santo, o uno será todo Padre, otro todo Espíritu Santo, para que sea de todo el Padre, y no de todo el Espíritu Santo; o si el mismo Dios es todo Padre y Espíritu Santo: por necesidad, cuando es de todo Dios, que es uno todo Padre y Espíritu Santo; es igualmente del Padre y del Espíritu Santo, si no se opone otra cosa. De la misma manera, cuando se dice que el Espíritu Santo es de todo Dios, que es Padre e Hijo; o uno será todo Padre, otro todo Hijo, para que el Espíritu Santo sea de todo el Padre, y no de todo el Hijo; o cuando el Espíritu Santo es del Padre, no puede no ser del Hijo; si el Hijo no es del Espíritu Santo. No hay otra razón por la cual se pueda negar que el Espíritu Santo sea del Hijo.

Alguien dirá: Si porque uno es Dios Padre y Espíritu Santo, cuando el Hijo es del Padre, sigue que es del Espíritu Santo; o cuando el Espíritu Santo es del Padre, porque el mismo Dios es Padre e Hijo, también es del Hijo: cuando el Padre engendra al Hijo, es necesario que

también engendre al Espíritu Santo; porque uno y el mismo Dios es Hijo y Espíritu Santo. Y cuando el Espíritu Santo procede del Padre, por la misma unidad de la Deidad del Hijo y del Espíritu Santo, también procede el Hijo del Padre así como el Espíritu Santo. Pero si la unidad de Dios en el Hijo y el Espíritu Santo no tiene esa fuerza de consecuencia, para que ambos sean igualmente engendrados y procedentes, parece que no porque uno es Dios Padre y Espíritu Santo sigue que el Hijo sea del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo sea del Hijo; porque el mismo Dios es Padre e Hijo, como dices. A lo cual yo:

El Hijo y el Espíritu Santo tienen su ser del Padre, pero de manera diferente; porque uno naciendo, otro procediendo, para que sean distintos entre sí, como se ha dicho. Y por eso, cuando uno nace, no puede nacer con él aquel que por esto es distinto de él, porque no nace de la misma manera, sino que procede, y cuando uno procede; no puede proceder al mismo tiempo aquel que por esto es distinto de él, porque no procede de la misma manera, sino que nace. Y por eso, aquí la unidad no tiene esa fuerza de consecuencia; porque la pluralidad se opone, que nace de la natividad y la procesión. Pues aunque por otra cosa no fueran múltiples el Hijo y el Espíritu Santo, por esto solo serían diferentes. Pero cuando digo que porque el Padre es un Dios con el Hijo o con el Espíritu Santo, sigue que el Hijo sea del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo sea del Hijo: no se genera allí pluralidad que se oponga a la consecuencia de la unidad; porque no digo que ambos sean, sino solo uno. Por lo tanto, se concluye con necesidad absoluta e inexpugnable que si son verdaderas las cosas que dije antes que creemos junto con los griegos, o el Hijo es del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo es del Hijo. Pero que el Hijo no sea del Espíritu Santo, es evidente por la fe católica. Pues Dios no es de Dios, sino naciendo, como el Hijo; o procediendo, como el Espíritu Santo. Pero el Hijo no nace del Espíritu Santo: pues si naciera de él, sería hijo del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo sería su padre; pero uno no es padre ni hijo del otro. Por lo tanto, el Hijo no nace del Espíritu Santo; ni menos es evidente que no procede de él. Pues sería el espíritu del mismo Espíritu Santo. Lo cual se niega claramente, cuando se dice y se cree que el Espíritu Santo es el espíritu del Hijo. Pues no puede ser el espíritu de su propio espíritu. Por lo tanto, el Hijo no procede del Espíritu Santo. De ninguna manera, por lo tanto, el Hijo es del Espíritu Santo. Sigue, por lo tanto, con razón inexpugnable que el Espíritu Santo es del Hijo, así como es del Padre.

CAPÍTULO V.

Se demuestra que el Espíritu Santo tiene su ser del Padre; contra cierto obispo que favorece a los griegos.

Quizás los griegos nieguen que el Espíritu Santo sea Dios de Dios, así como el Hijo es Dios de Dios; porque probamos por esto que él es y procede del Hijo; y no está puesto en aquel símbolo, en el cual somos reprendidos por ellos por haber añadido su procesión del Hijo. Pero quien piensa esto, niega o que el Padre sea Dios, de quien es el Espíritu Santo; o que el Espíritu Santo sea Dios, que es del Padre; o que esto mismo que es el Espíritu Santo sea del Padre. Pero que el Padre no sea Dios, o el Espíritu Santo, ningún cristiano lo acepta. Veamos, por lo tanto, si esto mismo que es esencialmente el Espíritu Santo, es del Padre: lo cual sentí que cierto obispo, quizás favoreciendo a los griegos, en la ciudad de Bari no quería aceptar. Pues si no es esto mismo del Padre, que es: como es uno y el mismo Dios, que es Padre; no se puede encontrar de dónde es otro del Padre. Pues no es otro de allí, porque el Padre tiene al Hijo, y el Espíritu Santo no tiene al Hijo. Por esto pueden probarse que son distintos entre sí; sin embargo, esta no es la causa para que sean personas diferentes. Pues si hay dos hombres, de los cuales uno tiene un hijo, el otro no, aunque por esto puedan mostrarse diferentes; no obstante, no son otros entre sí por esto, porque de cualquier manera que se comporten en tener y no tener un hijo, no pierden la diversidad. Así en el Padre y el Espíritu Santo, no

porque uno tiene al Hijo, el otro no lo tiene, por eso son diferentes; sino porque son diferentes, por eso nada impide que sean disímiles en tener y no tener al Hijo. De manera similar se puede responder, si por eso se dice otro, porque el Espíritu Santo no procede de otro, como él mismo procede del Padre. Pues, para hablar según aquellos que niegan que el Espíritu Santo procede del Hijo, así como no es esta la causa, porque el Hijo no tiene al Espíritu Santo procediendo de sí mismo, como el Padre; para que sea otro del Padre (seguiría que si el Espíritu Santo procediera del Hijo, el Hijo no sería otro del Padre), así por esto no es el Espíritu Santo otro del Padre, porque no tiene al Hijo, o al Espíritu Santo procediendo de sí mismo, como el Padre. Y del mismo modo que el Hijo no es por eso otro del Padre; porque tiene al Padre, y el Padre no tiene padre, (pues si el Padre tuviera padre, sin embargo, sería otro del Hijo) así el Espíritu Santo, porque procede de alguien, y el Padre de nadie, no por esto es otro del Padre; porque si el Padre procediera de alguien, no obstante, sería otro del Padre, de quien procede. Es claro, por lo tanto, que no por esto es el Espíritu Santo otro del Padre, porque no tiene al Hijo, o al Espíritu Santo procediendo de sí mismo, como el Padre; ni porque procede de alguien, y el Padre de nadie. Pero tampoco por esto se puede entender que sea otro del Padre, porque es Espíritu del Padre; si no tiene de él su ser. Pues se puede entender que alguien es otro de alguien, antes de que sea de él; aunque no puede ser de alguien, si no es otro: como cuando se dice que un hombre es señor de alguien, o hombre de otro hombre, primero se entiende que es otro de aquel, de quien se dice que es, antes de que sea su señor o su hombre. Así, por lo tanto, si el Espíritu Santo no es del Padre, nada impide que se entienda primero otro de él, antes de que sea de él. Por lo tanto, no lo hace ser otro del Padre porque es su Espíritu: si por esto no tiene que ser otro de él, por esto que es su Espíritu; así como el Hijo es otro del Padre, por lo que es su Hijo: lo cual no es otra cosa sino porque existe de él naciendo. Por lo tanto, se debe considerar que el Espíritu Santo no es por otra cosa otro del Padre, sino porque de él tiene su ser, que es; aunque de su manera propia, que no es la del Hijo. Sin embargo, investiguemos esto con más diligencia. Ciertamente, o después de que el Espíritu Santo fue lo que es, le ocurrió ser otro del Padre, o en existir tiene de dónde es otro. Pues le puede ocurrir a alguien ser lo que es, antes de que sea otro; y le puede ocurrir a alguien hacerse otro en existir: pero no es posible que alguien sea otro, antes de que sea lo que es. Pues el primer hombre, antes de que de él fuera algún hombre, era él mismo hombre, pero no era otro: pero cuando primero existió de él alguien; y aquel de quien existió después de que fue, se hizo otro; y quien de él existió, al mismo tiempo tuvo ser, y ser otro. O por lo tanto, el Espíritu Santo, como dije, después de que fue, se hizo otro del Padre; o tiene en existir por lo que se dice otro. Pero si después de que fue, le ocurrió ser otro del Padre; como no es otra persona, sino porque es otro de él, no siempre fueron aquellas tres personas; porque esta no siempre fue, así como no siempre fue el Espíritu Santo otro del Padre. Por lo tanto, ya que estas cosas son falsas: es evidente que en existir tiene de dónde es otro. Pero no puede ser sino o de alguien, como el Hijo; o de nadie, como el Padre. Pero si es de nadie como el Padre existe; o así existe cada uno por sí mismo, que ninguno tiene nada del otro; y son dos dioses, Padre y Espíritu Santo: o porque son un Dios, si ambos son de nadie, absolutamente nada se puede encontrar en la fe cristiana, de dónde sean otros entre sí; sino que uno y el mismo es Padre, y Espíritu Santo, y una persona: lo cual la verdadera fe aborrece. Por lo tanto, no es verdad que el Espíritu Santo sea de nadie. Pero si es de alguien, no es sino de Dios que es Padre, e Hijo, y Espíritu Santo; pero no puede ser de sí mismo, porque ninguna persona puede existir de sí misma. Por lo tanto, si alguien niega que es del Hijo, no puede negar que es del Padre. Pero si alguien dice que aunque no tiene ser del Padre; sin embargo, por la procesión puede entenderse otro. A esto también creo que se debe responder, para que no pueda objetarse nada en esta cuestión a nuestra afirmación, a la cual nuestra respuesta no se oponga: ni nadie se asombre de que me detenga tanto en esto, porque

no era de poca autoridad entre los suyos aquel a quien sentí no sentir que el Espíritu Santo tiene su ser del Padre; ni entonces tuve la oportunidad de responder.

CAPÍTULO VI.

El Espíritu Santo, a menos que tenga su ser del Padre, no puede entenderse que sea otro de él, por misión o procesión.

Por lo tanto, quien quiera decir que el Espíritu Santo es otro del Padre solo por la procesión, aunque no sea de él, entiende o que es lo mismo proceder del Padre solamente, que ser enviado o dado por el Padre: para que cuando el Padre lo envía o lo da, entonces solo proceda del Padre, o que esto sea proceder, que es de Padre; pero si es lo mismo proceder, que ser dado o enviado, el Espíritu Santo procede igualmente del Hijo como del Padre; porque de él es enviado y dado de manera similar. Además: Si no es otra cosa para el Espíritu Santo proceder, que ser dado o enviado; no es otro del Padre, ni procede del Padre, sino cuando es dado o enviado: lo cual, creo, nadie entiende. Pues el Espíritu Santo siempre es otro del Padre, incluso antes de la creación; pero no es dado, ni enviado, sino a la criatura; sin embargo, no se debe decir que le ocurre ser dado, o enviado. Pues como él mismo está en todas partes e inmutable, al que recibe ciertamente le ocurre algo, porque alrededor de él se hace lo que antes no era, y puede estar ausente; pero alrededor del Espíritu Santo no se hace nada que antes no era. Pues cuando el ciego en la luz no siente la luz, la luz no tiene más ni menos algo; y si, disipada la ceguera, el ciego siente la luz, alrededor de él se hace un movimiento, no alrededor de la luz. Es claro, por lo tanto, que el Espíritu Santo no es otro del Padre por la procesión entendida así, que no sea otra cosa para él proceder que ser dado o enviado. Por lo tanto, es evidente que tiene su ser del Padre por la procesión; y por esto es otro del Padre, así como el Hijo no es otro del Padre por otra cosa que por esto porque existe de él. Es, por lo tanto, Dios de Dios, y procede de Dios; porque él mismo es Dios, y el Padre es Dios, de quien es y procede. Pero si decimos que se pueden nombrar dos procesiones del Espíritu Santo: una, cuando existe del Padre; otra, cuando es dado o enviado. No creo que esto deba negarse, si cada una se entiende en su sentido. Pues de aquella procesión, por la cual es dado o enviado, no incongruentemente entendemos que el Señor dijo así: El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, y no sabes de dónde viene, ni a dónde va (Juan 3, 8). Pues así parece que esto pudo decirse: No sabes de dónde procede, ni a dónde va. Pues cuando es dado, como que viene y procede de lo oculto; pero cuando se retira, como que va y se retira a lo oculto. De esta procesión se puede decir que es lo mismo para él proceder, que ser enviado.

CAPÍTULO VII.

La procesión del Espíritu Santo del Padre implica su procesión del Hijo.

Sive, por tanto, no proceda, sino existiendo del Padre; o no sino cuando es dado, o enviado, y procede para santificar a la criatura; o de ambos modos proceda, se sigue que procede del Hijo. Pues si es del Padre, es Dios de Dios: de donde se prueba, como se ha dicho, que es también del Hijo y procede. De aquel, en efecto, procede de quien es, y de aquel existe de quien procede. Pero si solo entonces procede, cuando es enviado o dado, procede del Hijo, de quien es dado y enviado. Y si de ambos modos procede, igualmente de ambos modos se reconoce que procede del Hijo. He aquí que vemos que el Espíritu Santo es Dios de Dios, y procede de Dios; lo cual no está puesto en el mencionado símbolo: si, por tanto, niegan que es y procede del Hijo, porque allí se calla, nieguen igualmente que es de Dios y procede, lo cual allí no se dice. O si no pueden negar esto, no teman confesar con nosotros que el Espíritu

Santo es y procede del Hijo; puesto que esto no lo encuentran en el mismo símbolo. Pero dirán: Allí se significa suficientemente que es y procede de Dios, cuando se dice que procede del Padre, porque el Padre es Dios; y nosotros decimos igualmente que se muestra claramente que procede del Hijo, cuando se dice que procede de Dios, porque el Hijo es Dios. Pregunto, pues, si por eso debe entenderse que el Espíritu Santo es del Padre, porque es de Dios; o por eso es de Dios, porque es del Padre. Aunque, en efecto, una cosa se prueba por la otra (pues si es del Padre, es de Dios; y si es de Dios, es del Padre; ya que ninguna de las relaciones mencionadas se opone): sin embargo, no son de igual manera una la causa de la otra. Pues si ser el Espíritu Santo del Padre es causa de que sea de Dios; cuando se dice que es del Padre, no se debe entender que es de esto, que el Padre es Dios, es decir, de la esencia divina; sino de esto que Dios es Padre, es decir, de esto que se refiere al Hijo. Por lo tanto, la esencia divina estará en el Espíritu Santo, no de la deidad del Padre, sino de la relación: lo cual es muy insensato decir. Aunque si alguien quiere aceptar esto, no menos se sigue que el Espíritu Santo procede del Hijo que del Padre. En efecto, no hay relación del Padre sin relación del Hijo, así como no hay relación del Hijo sin relación del Padre. Si, por tanto, una no es nada sin la otra, no puede haber algo de la relación del Padre sin la relación del Hijo. Por lo tanto, se sigue que el Espíritu Santo es de ambos, si es de uno. Así que si es del Padre según la relación, será igualmente del Hijo según el mismo sentido. Pero como nadie es tan insensato que opine esto, se debe creer y confesar que el Espíritu Santo es del Padre porque es de Dios. Sin embargo, el Padre no es más Dios que el Hijo; sino un solo verdadero Dios, Padre e Hijo. Por lo tanto, si el Espíritu Santo es del Padre porque es de Dios que es Padre, no se puede negar que también es del Hijo, ya que es de Dios que es Hijo.

CAPÍTULO VIII.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, porque procede del único verdadero Dios, que es Padre e Hijo.

Consideremos también lo que el Señor dice en el Evangelio. Dice: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único verdadero Dios, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3). O bien, este único verdadero Dios debe entenderse de tal manera que cuando nombramos solo al Padre, no se signifique ese único verdadero Dios, ni cuando nombramos solo al Hijo; sino que solo se entienda este único verdadero Dios cuando decimos Padre e Hijo juntos. O el único verdadero Dios se entiende cuando nombramos solo al Padre, o solo al Hijo; pero si al nombrar solo al Padre, o solo al Hijo, no se entiende el único verdadero Dios sin la exclusión del nombre del otro, entonces el Padre no es un Dios perfecto, ni el Hijo un Dios perfecto; sino que es un Dios compuesto de Padre e Hijo. Pero creemos que el Padre es perfecto, y el único verdadero Dios, y el Hijo igualmente perfecto y el único verdadero Dios. Por lo tanto, cuando nombramos solo al Padre o al Hijo, no entendemos otra cosa, excepto la relación por la cual se refieren mutuamente, que el único verdadero Dios y el mismo que conocemos en la proclamación de ambos. Así que cuando el Señor dijo: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único verdadero Dios, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3); si hubiera añadido, diciendo: Y de este único verdadero Dios procede el Espíritu Santo, ¿quién se atrevería a separar al Hijo de esa procesión, cuando ese único verdadero Dios no es más ni menos Padre que Hijo? Por lo tanto, si el mismo único verdadero Dios se entiende cuando se dice solo Padre o Hijo y cuando ambos se nombran juntos: ¿qué más claro que el Espíritu Santo procede del único verdadero Dios, que es Padre e Hijo, cuando se dice que procede del Padre? Por lo tanto, así como se entendería que procede del Hijo, si el mismo Hijo hubiera dicho que procede del único verdadero Dios, cuando dijo que él y el Padre son el único verdadero Dios; así cuando dice que procede del Padre, sin duda significa que procede de sí mismo.

CAPÍTULO IX

La misión del Espíritu en nombre del Hijo y por el Hijo confirma su Procesión del Hijo.

También dice el Señor: Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre (Juan XIV, 26). Y de nuevo: Pero cuando venga el Paráclito, a quien yo enviaré a vosotros desde el Padre (Juan XV, 26). ¿Qué se debe entender, entonces, cuando dice: A quien enviará el Padre en mi nombre? ¿Acaso que el Espíritu Santo tendrá su nombre, de modo que, cuando el Padre envíe al Espíritu Santo, sea lo mismo que enviar al Hijo? Pero lo que dice: A quien yo enviaré a vosotros desde el Padre no admite este sentido; porque el mismo Espíritu Santo, a quien envía el Padre, también lo envía el Hijo; ni el Hijo envía al Hijo. De hecho, en ninguna parte leemos, y negamos absolutamente que el Espíritu Santo sea el Hijo. ¿Qué significa, entonces: A quien enviará el Padre en mi nombre, sino que, a quien el Padre envía, también lo envía el Hijo? Así como cuando dice: A quien yo enviaré desde el Padre, no es otra cosa que yo envío y el Padre. Pues el Hijo es el nombre de aquel que decía: El Padre enviará en mi nombre. No es, por tanto, otra cosa: El Padre enviará en mi nombre sino, enviará el Padre en el nombre del Hijo. ¿Qué significa, entonces, enviar el Padre en el nombre del Hijo, sino, enviará el Padre, como si enviara el Hijo, para que en la misión del Padre, se entienda la misión del Hijo? Pero lo que dice: A quien yo enviaré a vosotros desde el Padre, ¿cómo debe entenderse? Sin duda, de quien lo envía el Hijo, de él es enviado. Pero él lo envía desde el Padre: por lo tanto, es enviado desde el Padre. Pero aquel envía de quien es enviado: por lo tanto, se entiende que el Padre envía, cuando el Hijo dice: Yo enviaré desde el Padre. ¿Qué significa, entonces, Yo enviaré desde el Padre, sino, Yo enviaré como si el Padre enviara, para que mi misión y la del Padre sean una y la misma? Por lo tanto, cuando el Hijo muestra con tanta diligencia que la misión del Padre y la suya son una; que ni el Padre envía, sino cuando el Hijo envía; ni el Hijo envía, sino cuando envía el Padre: ¿qué quiere significar, o qué se debe entender, sino que el Espíritu Santo no tiene una relación diferente con el Padre que con el Hijo; ni es más de uno que del otro? Por lo tanto, es muy difícil, o más bien imposible, mostrar cómo no procede de ambos. Pues, ¿de dónde le viene al Hijo junto con el Padre dar o enviar al Espíritu Santo, y que este sea de ambos; si no es de ambos al mismo tiempo? ¿Por qué, entonces, el Hijo da más al Espíritu Santo, que el Espíritu Santo al Hijo? ¿O por qué el Espíritu Santo es más del Hijo, que el Hijo del Espíritu Santo, sino porque el Hijo no es así del Padre y del Espíritu Santo al mismo tiempo, como el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo al mismo tiempo? Si, por tanto, el Espíritu Santo no es del Hijo, no debe ser dado por el Hijo, ni decirse que es del Hijo: así como el Hijo no es dado por el Espíritu Santo, ni se dice que es del Espíritu Santo; porque no es del Espíritu Santo. Pero si dicen que el Espíritu Santo también envía al Hijo, como el mismo dice por el profeta: Y ahora el Señor Dios me ha enviado, y su Espíritu (Isaías XLVIII, 16), esto debe entenderse según el hombre, que llevaba, quien con la voluntad y disposición una del Padre y del Espíritu Santo, apareció en el mundo para redimir al mundo.

Sin embargo, pregunto a aquellos que niegan que el Espíritu Santo es y procede del Hijo, ¿cómo entienden que es así el Espíritu del Hijo, que el Hijo lo envía como su Espíritu? ¿O piensan que el Padre dio al Hijo su Espíritu Santo como si no lo tuviera de sí mismo? O bien lo tiene de sí mismo o de otro. Pero no puede tenerlo de otro, sino del Padre. Por lo tanto, lo recibió del Padre, de quien lo tiene; y el Padre le dio el Espíritu Santo, como si no lo tuviera de sí mismo. Aquí muestren, ya que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son iguales, y cada uno es suficiente para sí mismo, cuál fue la causa, o qué necesidad tenía el Hijo, para que el Padre le diera su Espíritu, más que al Espíritu Santo su Hijo. No negamos que de este modo el Hijo tiene el Espíritu Santo del Padre; porque de quien tiene el ser, de él tiene que el

Espíritu existente sea de sí mismo como el Padre; ya que el ser del Padre y del Hijo es el mismo. Pues no es lo mismo recibir del Padre la esencia, de la cual procede el Espíritu Santo, que recibir del Padre el Espíritu Santo. Pues cuando se dice que tiene del Padre la esencia, de la cual procede el Espíritu Santo, no se muestra ninguna necesidad del Hijo. Pero cuando se dice que el Hijo recibe del Padre el Espíritu Santo, que no tiene de sí mismo como el Padre, parece significarse que el Hijo tiene algo menos que el Padre; y como si se le diera el Espíritu Santo como suplemento. Pero no aparece por qué el Hijo necesita más del Espíritu Santo, que el Espíritu Santo del Hijo. Pues si se responde que el Espíritu Santo fue dado al Hijo, para que él también con el Padre diera el mismo Espíritu Santo, parte de la gracia se le imputara con el Padre: esta es una opinión terrenal, y muy ajena al entendimiento de la divinidad, como si Dios, como hombre a hombre, socorriera a Dios como necesitado. Pues si el Padre da el Espíritu Santo al Hijo, da Dios a Dios a Dios. Pues el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y uno y el mismo Dios. Sin embargo, no entendemos que Dios reciba de Dios a Dios; a menos que esto se diga, cuando Dios es de Dios como el Hijo y el Espíritu Santo. Por lo tanto, se dice que el Espíritu Santo es el Espíritu del Hijo, no por otra razón sino porque es de él.

CAPÍTULO X.

La misma procesión se prueba por la insuflación de Cristo en los apóstoles.

Leemos después de la Resurrección que el Señor sopló sobre sus discípulos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo (Juan XX, 22). ¿Qué significa esta insuflación? Sabemos que ese aliento, que entonces salió de su boca, no era el Espíritu Santo. Por lo tanto, no creemos que esa insuflación se haya hecho sin algún misterio. ¿Qué, entonces, puede entenderse más correctamente aquí, o más adecuadamente, que él hizo esto para que entiendiéramos que el Espíritu Santo procede de él? Como si dijera: Así como veis este aliento por el cual os significo el Espíritu Santo, como las cosas insensibles pueden ser significadas por las sensibles, procediendo del interior de mi cuerpo y de mi persona; así sabed que el Espíritu Santo, que os significo por este aliento, procede del secreto de mi deidad y de mi persona. Pues creemos y confesamos una sola persona del Verbo y del hombre, y en ella dos naturalezas, a saber, la divina y la humana. Pero tal vez dirán: Ese aliento ciertamente no era de la sustancia humana, y sin embargo lo emitía como si fuera suyo. Por lo tanto, se nos enseña por esta clase de donación del Espíritu Santo, que cuando el Hijo da el Espíritu Santo, da y envía su espíritu; pero no de la esencia de su divinidad. Que digan, entonces, si quienes opinan esto, que así como el aliento no es naturaleza humana, cuando es emitido por el hombre; así el Espíritu Santo no es sustancia divina, cuando es dado o enviado por Dios Hijo: lo cual ningún cristiano confiesa. Que digan también cuando oímos: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca todo su ejército (Salmo XXXII, 6), si allí no niegan que se debe entender por el espíritu de la boca del Señor, el Espíritu Santo; que no es de la esencia del Señor, de cuya boca se dice que es el espíritu; porque el espíritu que suele proceder de la boca de los hombres, no es de la sustancia de aquel de cuya boca procede. Pero si no se atreven a decir, a saber, que el espíritu de Dios no es de la esencia de Dios, y por las palabras de las cosas sensibles, es decir, por el espíritu de la boca, entienden que el Espíritu Santo procede del secreto de su esencia, de cuya boca se dice que es el espíritu: que confiesen también que el mismo Espíritu Santo procede de la esencia de aquel de cuyos labios se dice que es el espíritu. Pues leemos en el profeta sobre Cristo que con el espíritu de sus labios matará al impío (Isaías XI, 4). O bien, que muestren la diversidad entre el espíritu de la boca y el espíritu de los labios, lo cual no se puede hacer; o que concedan igualmente que el Espíritu Santo procede de aquel de cuya boca, y de aquel de cuyos labios se designa el espíritu. Pero si dicen que no se debe entender en absoluto por el espíritu de los labios allí el

Espíritu Santo, sino las palabras de su predicación que formó en su boca con este espíritu aéreo humano; porque con sus palabras mata al impío, cuando enseñando aparta al hombre de la impiedad: No es ciertamente esto lo que hacen las palabras sensibles; y este espíritu sensible, sino el Espíritu Santo, de quien Dios dice por el profeta: Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne, y pondré mi Espíritu en medio de vosotros (Ezequiel XXXVI, 26). Por lo tanto, el Espíritu Santo mata al impío, cuando su corazón lo convierte de la impiedad a la piedad. Pero si entendemos en ese impío al Anticristo, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, no creo que alguien atribuya tanto poder a ese espíritu de voz humana, como al espíritu divino. Si, por tanto, el Espíritu Santo se entiende en estas palabras, cuando igualmente se dice el espíritu de la boca del Señor, por cuya palabra fueron hechos los cielos, es decir, del Padre, y el espíritu de la boca del Señor Jesús, y el espíritu de sus labios; no aparece por qué debe entenderse más que procede de la boca del Padre, que de la boca del Hijo. Y si por la boca del Padre entendemos la esencia del Padre, pues no es otra cosa su boca que su esencia, para que así como la palabra del Señor es su esencia, así el espíritu de su boca no sea sino de su esencia: ¿qué más claro que, así como el espíritu de la boca del Padre es de la esencia del Padre y procede, así el espíritu de la boca y de los labios del Hijo, sea de la esencia del Hijo y proceda? Pues creo que nadie entenderá simplemente, donde se ha dicho: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca todo su ejército (Salmo XXXII, 6): palabras transitorias, y el espíritu que es asumido de este aire a través de la boca del que habla. Pero de cualquier manera que alguien intente exponer esto, basta con que en esa insuflación del Señor en los discípulos, de la cual hice mención, se hizo para significar que de la intimidad de su persona procede ese Espíritu que daba, de cuyo secreto procedía ese Espíritu que insuflaba. Finalmente, cuando la Escritura divina significa algo secreto por similitudes de cosas sensibles; no pueden ser similares en todo lo que significan y lo que es significado: pues no sería esto una similitud, sino una identidad, a menos que tal vez alguien quiera decir que esa insuflación fue hecha simplemente por la sabiduría de Dios, sin ningún significado espiritual de Dios. Pero no creo que nadie sea tan insensato como para pensar esto.

CAPÍTULO XI

La misma procesión se argumenta a partir de las palabras de Cristo: Él tomará de lo mío.

Item, el Hijo dice del Espíritu Santo: No hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere (Juan XVI, 13). ¿Qué significa "No hablará por sí mismo" sino que tendrá de otro lo que hablará? ¿Y qué significa "tendrá de otro lo que hablará" sino que tendrá de otro el conocimiento de lo que hablará? Por eso, después de decir: "No hablará por sí mismo", añadió: "Sino que hablará todo lo que oyere". ¿Qué significa oír para el Espíritu Santo sino como aprender? ¿Y qué significa aprender sino recibir conocimiento? Si, por lo tanto, su conocimiento no es otra cosa que su esencia, tiene la esencia de aquel de quien oye lo que habla y enseña; porque para él es lo mismo hablar que enseñar. Sin embargo, no oye ni tiene esencia de otro sino del Padre o del Hijo. Pero si tiene ser del Padre, según la razón antes mencionada, también lo tiene del Hijo. Por eso, el mismo Hijo dice: "Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará" (ibid., 14). ¿Qué otra cosa significa esto sino que oír de mí, es decir, sabrá de mí lo que os anunciará? Cuando dijo: "Hablará todo lo que oyere", no determinó de quién oír. Pero cuando dice: "Tomará de lo mío", para que nadie atribuya solo al Padre lo que oye de otro, demuestra claramente que es de él, como del Padre, de quien recibe conocimiento o esencia. Pues así como cuando se dice: "No hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere y os lo anunciará", se significa que es de aquel de quien oye y procede. Así, cuando el Hijo dice: "Tomará de lo mío y os lo anunciará", muestra

claramente que tiene y procede de su esencia. Porque lo que no es esencia divina está bajo el Espíritu Santo; ni él mismo recibe algo de lo que está bajo él. Por lo tanto, cuando el Hijo dice: "Tomará de lo mío", no significa otra cosa que su esencia.

CAPÍTULO XII.

Se presionan las otras palabras de Cristo: Nadie conoce al Hijo sino el Padre, etc.

Quizás intenten entender de otra manera lo que dijo el Hijo: "Tomará de lo mío y os lo anunciará" (Juan XVI, 14), de lo que yo he expuesto. Pero, ¿qué dirán cuando dice: "Nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mateo XI, 27)? Oímos que nadie conoce al Padre o al Hijo, sino el Padre o el Hijo, y a quien el Hijo revela. No dice, sin embargo, nadie como ningún hombre, sino como si dijera, ninguno en absoluto. Pues si esto entendiera, no añadiría "sino el Padre"; porque el Padre no es hombre. Y cuando dice: "Ni al Padre conoce alguno", en esta palabra monosilábica, "alguno", no se entiende más una persona humana que cualquier otra persona. Por lo tanto, absolutamente nadie tiene este conocimiento, sino el Padre y el Hijo, y a quien el Hijo lo revela. O bien, el Espíritu Santo no conoce al Padre y al Hijo, lo cual es impío pensar; o el Hijo le revela el conocimiento de sí mismo y del Padre, que no es otra cosa que la esencia del mismo Espíritu Santo. Pero si dicen que aunque el Hijo, en cuanto a la pronunciación, no admite a nadie a este conocimiento, sino a sí mismo y al Padre, y a quien él mismo revela; no obstante, no se debe admitir que el Espíritu Santo esté separado de él, o que lo reciba del Hijo; porque el Padre y el Hijo no se conocen sino por el hecho de que son uno con el Espíritu Santo. Y por eso, cuando dice que el Padre y el Hijo se conocen mutuamente, se debe entender al mismo tiempo al Espíritu Santo; y cuando el Hijo revela, no revela al Espíritu Santo, sino a la criatura. Si, digo, esto dicen, nosotros inmediatamente inferimos con firmeza. Por lo tanto, si donde la verdad claramente, según lo que pronuncian las palabras de su boca, niega que el Espíritu Santo conozca al Padre y al Hijo sino por la revelación del Hijo: dicen también que no solo debemos atender a las palabras, sino a la unidad de la esencia, que es una en los tres e inseparable; mucho más debemos mantener la consecuencia de esta unidad, de la cual he hablado antes, ya que ninguna autoridad la niega ni en escritura ni en sentido; ni presenta algo que sea contrario o de alguna manera repugne. Por lo tanto, que los griegos elijan uno de los dos, si quieren resistir abiertamente a la verdad: o, a saber, que el Espíritu Santo no conoce al Padre y al Hijo sino por la revelación del Hijo; o porque en esto por lo que el Padre y el Hijo se conocen, son uno con el Espíritu Santo, cuando se dice que se conocen, se sigue necesariamente que en el mismo conocimiento se entienda al Espíritu Santo: ciertamente no hay término medio si no quieren negar este conocimiento del Espíritu Santo, o rechazar completamente la verdad de las palabras de la verdad. Ambas cosas son abominadas por la verdadera confesión. Así dice la Verdad: "Nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni al Padre conoce alguno sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mateo XI, 27). Si eligen que el Espíritu Santo conozca al Padre y al Hijo por la revelación del Hijo; tiene del Hijo el conocer, lo cual no es otra cosa para él que ser. Por lo tanto, es y procede del Hijo; porque procede de aquel de quien es. Pero si dicen que cuando el Padre y el Hijo se dicen conocerse, porque la esencia por la cual se conocen es la misma para el Espíritu Santo, se sigue que el Espíritu Santo es partícipe del mismo conocimiento: cuando leen que procede del Padre, de quien dice el Hijo: "Yo y el Padre somos uno", confiesen con nosotros, debido a la identidad esencial del Padre y del Hijo, que procede también del Hijo sin duda alguna.

CAPÍTULO XIII.

El Espíritu Santo que procede del Hijo no es posterior ni menor que él.

Si se objeta, cuando decimos que el Hijo nace del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que establecemos ciertos grados y ciertos intervalos como si el Espíritu Santo no pudiera ser, a menos que el Hijo nazca primero del Padre, para que el Espíritu Santo sea posterior al Hijo: y por eso es más correcto decir que son del Padre al mismo tiempo, el Hijo naciendo, y el Espíritu Santo procediendo, de modo que ni el Hijo es del Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo del Hijo, como el esplendor y el calor son al mismo tiempo de un solo sol, ni el esplendor es del calor, ni el calor del esplendor; si, digo, alguien objeta esto a nuestra afirmación, respondemos: No establecemos grados de dignidad en Dios, que es uno; ni en la existencia del Hijo del Padre, o del Espíritu Santo procediendo del Padre y del Hijo, establecemos intervalos en la eternidad, que está fuera de todo tiempo. De manera similar, todos los que mantenemos la fe cristiana confesamos que el Hijo no es menor ni posterior al Padre; aunque no es sino de él. Así también nosotros, que decimos que el Espíritu Santo es o procede del Hijo, no confesamos que sea menor ni posterior al Hijo. Pues aunque el esplendor y el calor proceden del sol, y no pueden ser a menos que exista aquel de quien son; sin embargo, no entendemos nada primero o después en los tres, a saber, en el sol, el esplendor y el calor: mucho menos, entonces, cuando estas cosas son así en las cosas temporales, en la eternidad, que no está limitada por el tiempo, las tres personas mencionadas pueden entenderse como susceptibles de intervalo en la existencia.

CAPÍTULO XIV.

Disparidad entre la procesión del Hijo y del Espíritu Santo del Padre, y la procesión del esplendor y el calor del sol.

Pero lo que se dice que el Hijo y el Espíritu Santo pueden ser del solo Padre de tal manera que ni el Hijo sea del Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo del Hijo; como el esplendor y el calor proceden juntos de un solo sol, de modo que uno no es del otro: esto no se nos opone correctamente. Pues cuando decimos que el Hijo es del Padre, y el Espíritu Santo es del Padre, confesamos que el Hijo es Dios, y que el Espíritu Santo es Dios del Padre Dios, y que estas tres personas son un solo Dios, y lo mismo es del mismo. En el sol, sin embargo, no decimos que el sol sea del sol, cuando el esplendor o el calor es del sol; ni que el sol y lo que es del sol sean lo mismo; ni que esos tres sean un solo sol. Pues si el sol y el esplendor fueran un solo sol, o si el sol y el calor fueran de manera similar un solo sol, sería necesario que o el esplendor fuera del calor, ya que sería del sol entero, que sería lo mismo que el calor; o que el calor fuera del esplendor, ya que tendría ser del sol, que no diferiría en esencia del esplendor. Supongamos, sin embargo, que el Hijo y el Espíritu Santo son así del solo Padre como el calor y el esplendor son de un solo sol. Pero, si es así, ¿de dónde tienen, quienes dicen esto, que confiesan que el Espíritu Santo es del Hijo, y niegan que el Hijo sea del Espíritu Santo? Pues, así como ninguna razón admite que el calor sea del esplendor, o el esplendor del calor; así tampoco permite la verdad que el Espíritu Santo sea más del Hijo, que el Hijo del Espíritu Santo. Por lo tanto, si no se atreven a negar que el Espíritu Santo es del Hijo, que nieguen que el Hijo y el Espíritu Santo son así del solo Padre, como el esplendor y el calor son de un solo sol. Por lo tanto, si nos objetan lo que dije sobre el esplendor y el calor del sol, ni está con ellos ni contra nosotros.

CAPÍTULO XV.

Que los griegos no dicen correctamente que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo por quien son todas las cosas; sino que él mismo procede de la Deidad, que es una del Padre y del Hijo.

Como se nos dice, para no separar completamente al Hijo de la comunión del Padre en esta procesión del Espíritu Santo, afirman que procede del Padre por el Hijo. Pero no parece cómo esto puede entenderse; especialmente cuando no leen en ninguna parte de donde puedan probar esto claramente. Pues, si piensan que esto les favorece lo que leemos de Dios: "Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas" (Rom. XI, 36), para que de quien son todas las cosas sea el Padre y por quien el Hijo y en quien el Espíritu Santo: y entre todas las cosas, que el Espíritu Santo se entienda entre las que son por el Hijo. Esto, en verdad, que todas las cosas son del Padre, y por el Hijo, y en el Espíritu Santo, lo aceptamos sin escrúpulo; pero aquello que el Espíritu Santo esté entre todas las cosas, que así dice el Apóstol que son, es demasiado escrupuloso de afirmar. Pues es imposible incluir a cualquiera de esas tres personas entre aquellas cosas, que son del Padre, y por el Hijo, y en el Espíritu Santo, y excluir a las otras dos. Pero si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están entre todas las cosas, que son del Padre, y por el Hijo, y en el Espíritu Santo: y vea la mente racional cuánta confusión sigue. Por lo tanto, cuando dice el Apóstol: "De él, y por él, y en él son todas las cosas", debemos entender sin duda todas las cosas creadas por Dios, que son así de él, y por él, y en él, como una cosa de otra, y por otra, y en otra. Pues todo lo que fue hecho, no es lo mismo que Dios, sino que es otra cosa de él. Pero el Espíritu Santo no es otra cosa, sino lo mismo que el Padre y el Hijo. Ciertamente, no puede entenderse otra cosa por la cual puedan mostrar que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo (como dicen). Pues como el Padre y el Hijo no difieren en la unidad de la deidad ni el Espíritu Santo procede del Padre sino de la deidad; si la misma deidad es del Hijo, no puede entenderse cómo procede de la deidad del Padre por la deidad del Hijo, y no de la deidad del mismo Hijo; a menos que alguien diga que el Espíritu Santo no procede de la deidad del Padre, sino de la paternidad; ni por la deidad del Hijo, sino por la filiación: opinión que se sofoca a sí misma con su evidente necedad. Pero si alguien dice que cuando digo que procede de la deidad del Padre y del Hijo, no puedo separar la deidad del Espíritu Santo de esta deidad del Padre y del Hijo; porque es una y la misma deidad de los tres: y por eso se sigue que si procede de la deidad del Padre y del Hijo, también procede de la suya propia: y por esto el Espíritu Santo procede de sí mismo. A esto ya he recordado haber respondido suficientemente antes, porque ninguna persona puede ser de sí misma: pues, así como el Hijo, cuando es de la esencia del Padre, aunque no sea otra sino la misma esencia del Hijo que es del Padre, sin embargo, no es de sí mismo, sino solo del Padre; así el Espíritu Santo, cuando es de la esencia del Padre y del Hijo, que es la misma para él, no es de sí mismo, sino solo del Padre y del Hijo.

CAPÍTULO XVI [al. XV].

Que el Espíritu Santo no procede del Padre por el Hijo; como todas las cosas fueron hechas del Padre por el Verbo.

Dirán: ¿Por qué no podemos decir de manera similar que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, así como decimos que todas las cosas fueron hechas por el Verbo, que es el Hijo? Pues así como cuando el Padre actúa por su Verbo, no actúa por algo distinto de lo que Él mismo es, es decir, por el poder esencial, que es el mismo del Verbo; y sin embargo, se dice que actúa por el Verbo: ¿por qué no decimos de manera similar que el Espíritu Santo procede del Padre por el Verbo, cuando no procede del Padre sino de esto y por esto que es lo mismo con el Hijo, aunque no como criatura, sino como lo mismo de lo mismo? Veamos qué sigue

si decimos esto; y que haya paz entre nosotros. Ciertamente, lo que fue hecho por el Padre por el Verbo, fue hecho por el mismo Verbo: pues el mismo Verbo dice: "Porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo de igual manera" (Juan V, 19). Digamos, por tanto, que el Espíritu Santo, cuando procede del Padre por el Hijo, procede también del Hijo de igual manera; así como lo que fue hecho por el Padre por el Verbo, fue hecho de igual manera por el mismo Verbo, a menos que entiendan que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo de la misma manera que cuando una fuente fluye en un arroyo, y el arroyo se recoge en un lago, se dice que el lago es de la fuente por el arroyo. Pero allí no está el arroyo en la fuente, sino fuera de la fuente, como el Hijo está en el Padre, y no fuera del Padre. Por lo tanto, el Espíritu Santo no es del Padre por el Hijo, como el lago es de la fuente por el arroyo. Si, sin embargo, es así, no se puede negar que es del Hijo, aunque sea del Padre por el Hijo; así como se debe admitir que el lago es del arroyo, aunque sea de la fuente por el arroyo. Pues quien niega que el lago es del arroyo porque primero es del arroyo de la fuente: diga que no es de su Padre, sino de Adán, porque por su Padre es de Adán. Diga también que el Hijo de la Virgen no es de María, ni de David, ni de Abraham; porque estos fueron primero de Adán: y diga que es falso lo que se dijo a Abraham: "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gén. XXII, 18). Y a David: "Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono" (Sal. CXXXI, 11). Y a María: "Bendito el fruto de tu vientre" (Luc. I, 42). Y diga que Cristo no es la simiente de estos, o el fruto, sino de Adán; porque estos descendieron de él. Pero tampoco es del Hijo de la Virgen de Adán, según este sentido; sino del limo, del cual fue hecho Adán. Pero dirán: Bien decimos que el Espíritu Santo no procede del Hijo, sino del Padre por el Hijo, aunque sea del Padre y del Hijo, como dices que el lago es de la fuente y del arroyo. Pues la cuestión es sobre la palabra de la procesión entre nosotros, que ustedes afirman ser del Hijo, y nosotros lo negamos: pues ven que el arroyo procede de la fuente, como de un principio original; pero el lago no procede, sino que se recoge del arroyo, aunque tenga su ser de él. Así, por tanto, aunque el Espíritu Santo tenga su ser del Hijo, no obstante, no se dice propiamente que proceda del Hijo, sino del Padre como de un principio. Esto quizás se diría correctamente, si el Hijo naciendo del Padre procediera fuera del Padre, y con un cierto espacio intermedio, primero se entendiera que el Espíritu Santo es del Padre que del Hijo; como el arroyo fluyendo de la fuente procede fuera de la fuente, y en cierto intervalo se recoge en el lago, y primero es el lago de la fuente que del arroyo: y por eso es de la fuente por el arroyo, no del arroyo por la fuente. Pero como el Hijo naciendo del Padre no sale fuera del Padre; sino permaneciendo en Él, ni en lugar, ni en tiempo, ni en esencia está dividido del Padre; y como uno es lo mismo con el Padre y el Hijo de donde procede el Espíritu Santo, no se puede entender, ni se debe decir que el Espíritu Santo procede del Padre, y no del Hijo. Por lo tanto, no parece por qué razón se dice que el Espíritu Santo no procede del Hijo, sino del Padre por el Hijo, cuando incluso si no puede ser por el Hijo, no es del Hijo. Si alguien, sin embargo, quiere decir que el Hijo procede del Padre más propiamente que el Espíritu Santo del Hijo, aunque el Espíritu Santo sea de él; como el arroyo parece más proceder de la fuente que el lago del arroyo: no conceda que el Espíritu Santo proceda del Hijo, de quien tiene su ser, como el lago del arroyo, no negamos que naciendo de algún modo proceda de aquel de quien nace; y afirmamos que el Espíritu Santo procede a su manera, no como de dos fuentes, sino verdaderamente de una fuente; de tal manera que el nombre de la natividad ni la procesión del Hijo pierda, ni la procesión del Espíritu Santo reciba. No hay, por tanto, razón por la cual deba decirse más que el Hijo procede del Padre que el Espíritu Santo del Hijo.

CAPÍTULO XVII [al. XVII].

Que así como el lago es del arroyo y de la fuente, así el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

Consideremos más detenidamente cómo el lago es de la fuente, igualmente y del arroyo: para que por esto, así como por algo temporal y local se puede entender lo que es eterno, conozcamos que el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo. Pues muchas cosas en esta consideración, como escribí en la carta al papa de venerable memoria Urbano sobre la encarnación del Verbo, se encuentran que se adaptan a un solo Dios y a tres personas por cierta similitud. Es evidente que es una y la misma agua, que se llama fuente, arroyo y lago, no tres aguas, aunque sean tres, fuente, arroyo y lago. Distingamos, por tanto, entre la fuente, el arroyo y el lago; y veamos qué se entiende de cada uno de estos, cuando son tres, en una sola agua. En la fuente, ciertamente, el agua que asciende del abismo brota; en el arroyo, descendiendo de la fuente, fluye; en el lago se recoge y permanece. Por la fuente, por tanto, se entiende el agua que brota del abismo; por el arroyo, porque fluye de la fuente; por el lago, porque allí se reúne. Vemos, sin embargo, que el arroyo no es de esto de donde se dice agua fuente; sino de esto que es, es decir, del agua; ni el lago es de esto de donde se dice agua fuente o arroyo, sino de la misma agua, que es una y la misma en la fuente y el arroyo. No es, por tanto, de esto, de donde difieren la fuente y el arroyo; sino de esto en lo que son uno, el lago existe. Si, por tanto, no es más la fuente esto de donde es el lago que el arroyo, no se puede entender que el lago sea más de la fuente que del arroyo. Así, por tanto, cuando se dice Dios Padre, o Hijo, o Espíritu Santo; se entiende una esencia en tres, y un solo Dios, que es el nombre significativo de la esencia; pero en el Padre se entiende engendrando, en el Hijo engendrado, y en el Espíritu Santo procediendo de un modo singular e inefable. Así como, por tanto, el lago no es de esto, de donde son diferentes entre sí la fuente y el arroyo; sino del agua en la que son uno; así el Espíritu Santo no es de esto, de donde son diferentes entre sí el Padre y el Hijo; sino de la esencia divina, en la que son uno. Si, por tanto, no es más el Padre esto de donde es el Espíritu Santo que el Hijo, no se puede entender por qué es más del Padre que del Hijo.

CAPÍTULO XVIII [al. XVII].

El Padre y el Hijo son un solo principio del Espíritu Santo.

Si dicen que no puede ser de dos causas, o de dos principios, respondemos: Porque así como no creemos que el Espíritu Santo sea de esto de donde son dos el Padre y el Hijo, sino de esto en lo que son uno, así no decimos que sean dos sus principios, sino un solo principio. Pues cuando decimos que Dios es el principio de la criatura, entendemos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como un solo principio, no tres principios; así como un solo Creador, no tres creadores, aunque sean tres el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo; porque por esto en lo que son uno, no por esto que son tres, es el Padre o el Hijo o el Espíritu Santo principio o creador. Si, por tanto, aunque el Padre sea principio, y el Hijo sea principio, y el Espíritu Santo sea principio, no obstante, no son tres principios, sino uno: así, cuando se dice que el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no es de dos principios, sino de uno, que es el Padre y el Hijo, así como es de un solo Dios que es el Padre y el Hijo; si, sin embargo, debe decirse que Dios tiene principio o causa. Pues el principio parece ser solo de una cosa que comienza a ser y la causa solo de algún efecto; y el Espíritu Santo nunca comenzó a ser, ni es efecto de algo. Pues lo que comienza a ser, progresa de no ser a ser: y el nombre de efecto parece adaptarse propiamente a la cosa que se hace. Sin embargo, como es verdad que el Hijo es del Padre, y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, si se entiende de su modo inefable, ya que de otro modo no se puede expresar, se puede decir sin incongruencia que el Padre es de algún modo principio del Hijo, y el Padre y el Hijo principio del Espíritu Santo. Sin embargo, no confesamos dos principios; uno, el Padre al Hijo; otro, el Padre y el Hijo al Espíritu Santo. Así como no creemos en otro Dios Padre de quien es el Hijo, y otro Dios Padre e Hijo de quien es el Espíritu Santo, aunque de un mismo Dios, o de un mismo principio, cada uno sea

a su modo, uno naciendo, otro procediendo; si de algún modo singular e inefable se entiende esta procesión. Pues la procesión se dice de muchas maneras, de las cuales esta se entiende solitaria, así como la natividad del Hijo se conoce singular. Se entiende lo mismo, si decimos que el Padre es causa del Hijo, y el Padre y el Hijo causa del Espíritu Santo. Pues no podemos decir dos causas, una del Hijo, otra del Espíritu Santo, sino una: así como no hay dos dioses, sino un solo Dios, de quien es el Hijo y el Espíritu Santo.

CAPÍTULO XIX [al. XVIII].

Se debilita el argumento tomado de que Cristo expresó solo la procesión del Espíritu Santo del Padre.

Si, sin embargo, se pregunta, cuando el Señor dijo: "Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu, el Espíritu de verdad, que procede del Padre" (Juan XV, 26): ¿por qué no añadió, "y del Hijo", o "de mí" si así quiso que se entendiera? No es esto inusual en sus palabras, que cuando atribuye algo al Padre como solo, o a sí mismo, o al Espíritu Santo; quiera que en otros se entienda lo que dice en uno. Pues cuando dice: "Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mat. XVI, 17). ¿No debe entenderse que el mismo Hijo y el Espíritu Santo revelaron con el Padre? Pues el Padre no revela por esto, porque es Padre; sino por esto, que es Dios, y el mismo Dios es el Hijo y el Espíritu Santo; sigue que, lo que revela el Padre, lo revela el Hijo, y el Espíritu Santo. También cuando dice: "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mat. XI, 27), como si solo el Hijo conociera y revelara al Padre, y a sí mismo; y solo el Padre conociera al Hijo: debe entenderse allí que revelar y conocer es común a las tres personas; porque no por esto, que son diferentes entre sí; sino por esto, que son uno el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, conocen y revelan. Cuando también dice que el Padre conoce al Hijo, y el Hijo conoce al Padre, y revela a sí mismo y al Padre, claramente quiere que se entienda que el Padre conoce al Espíritu Santo, y el Hijo conoce y revela al Espíritu Santo; porque lo mismo que es el Padre y el Hijo, es también el Espíritu Santo. De manera similar, cuando dice: "El que me ve, ve también al Padre" (Juan XIV, 9), no debe separarse el Espíritu Santo; porque quien ve esto en lo que son uno el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, no puede ver uno de estos tres sin los otros dos. También del Espíritu Santo dice a los apóstoles: "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad" (Juan XVI, 13), como si solo el Espíritu Santo enseñara toda la verdad; cuando no enseña toda la verdad sin el Padre, ni sin el Hijo. Pues no por esto, porque es Espíritu de alguien, es decir, del Padre y del Hijo y del Espíritu; sino por esto, que es uno con el Padre y el Hijo, es decir, por esto que es Dios, enseña toda la verdad. Veis, por tanto, cómo en estas cosas que propuse, lo que atribuye a uno como solo, no puede separarse de las otras dos personas. Leemos muchas cosas de este tipo en la Sagrada Escritura: que lo que se dice singularmente de una persona, debe entenderse indistintamente de las tres. Pues lo que se pronuncia de una persona, debe entenderse igualmente de las otras; a menos que esto, de donde son diferentes entre sí, como dije, se conozca que se opone. Por lo tanto, cuando creemos que el Espíritu Santo procede del Padre; porque Dios de Dios, es decir, la esencia del Espíritu Santo de la esencia del Padre, que es una en tres, se entiende que es: es necesario que confesemos que es del Hijo de igual manera, si el Hijo no es de él; pues de esto es el Espíritu Santo, que es el Hijo y que es el Padre.

CAPÍTULO XX [al. XIX].

Se refuta la confirmación del mismo argumento.

Pero dirá alguno: Por eso entendemos que el Hijo y el Espíritu Santo revelan, porque solo se dice que el Padre revela; y que el Padre y el Espíritu Santo revelan y conocen, porque solo se dice que el Hijo lo hace; y que el Padre y el Hijo enseñan, porque solo se promete que el Espíritu Santo enseñará, ya que lo que se lee de uno solo en un lugar, de los otros se significa claramente en otro lugar. Sin embargo, cuando dice que el Espíritu Santo procede del Padre, no leemos en ninguna parte que proceda del Hijo. Por lo cual se nos advierte no afirmar con nuestro propio sentido lo que nunca se ha dicho. A esto respondemos que más bien se nos enseña por estas cosas que se han dicho así, a entender de manera similar aquellas que en dichos similares se callan; especialmente cuando de lo que se dice, sin ninguna razón contradictoria, vemos que lo que no se dice se sigue con necesidad razonable de manera clarísima. Pues cuando el Señor dice al Padre: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3); ¿debemos por eso separar de este conocimiento saludable y vital al Espíritu Santo, porque en ninguna parte se lee: "Esta es la vida eterna, que conozcan al Padre, el único Dios verdadero, y al Espíritu Santo"? ¿O: "Esta es la vida eterna, que conozcan al Hijo, el único Dios verdadero, y al Espíritu Santo"? O cuando leemos: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo tener vida en sí mismo" (Juan V, 26), ¿diremos que el Espíritu Santo no tiene del Padre, de quien es, tener vida en sí mismo, como la tienen el Padre y el Hijo; porque esto nunca lo dice el Hijo del Espíritu Santo, como de sí mismo? Asimismo, cuando dice: "El Padre está en mí, y yo en el Padre". Y: "El que me ve a mí, ve también al Padre" (Juan XIV, 10), ¿negaremos que el Espíritu Santo está en el Padre y en el Hijo, y que el Padre y el Hijo están en el Espíritu Santo; o que quien ve al Hijo, ve al Espíritu Santo, como ve al Padre; si estas cosas no se leen con la misma pronunciación con que se pronuncian del Padre y del Hijo? Más bien, puesto que uno y el mismo Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: cuando se dice conocer al único Dios verdadero, el Padre y el Hijo, como vida eterna, inseparablemente debe entenderse en ese conocimiento al Espíritu Santo. Y cuando leemos: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo", no debemos considerar que esa misma vida es ajena al Espíritu Santo, o que no la tiene en sí mismo. Y cuando escuchamos: "El Padre está en mí, y yo en el Padre". Y: "El que me ve, ve también al Padre", debemos reconocer por estas cosas que se dicen así, que el Espíritu Santo no está fuera del Padre y del Hijo, ni el Padre y el Hijo fuera del Espíritu Santo; y que por la visión del Hijo se ve al Espíritu Santo como al Padre. Pues así como no es otro Dios el Padre, otro Dios el Hijo, otro Dios el Espíritu Santo; así Dios no tiene en sí mismo otra cosa que Dios; ni está Dios fuera de Dios; ni Dios es diferente de Dios. Finalmente, ¿dónde leemos en el profeta, o en el evangelista, o en el Apóstol con estas palabras que Dios es uno en tres personas, o que un Dios es la Trinidad, o Dios de Dios? Pero tampoco en aquel Símbolo, en el que no se proclama la procesión del Espíritu Santo del Hijo, encontramos el nombre de persona, o de Trinidad. Sin embargo, de lo que leemos, estas cosas se siguen clarísimamente, las creemos firmemente en el corazón y las confesamos con la boca. Por lo tanto, no solo debemos aceptar con certeza lo que se lee en la Sagrada Escritura, sino también lo que de estas cosas, sin ninguna otra razón contradictoria, se sigue con necesidad razonable.

CAPÍTULO XXI [al. XX].

La procesión del Espíritu Santo del Hijo se expresa cuando se dice que el Espíritu Santo es el Espíritu del Hijo.

Aunque lo que ya se ha dicho arriba podría ser suficiente, aún añadiré algo más, de donde se reconozca que el Espíritu Santo es del Hijo. Los griegos confiesan con nosotros que el

Espíritu Santo es el Espíritu de Dios, y el Espíritu del Padre, y el Espíritu del Hijo. Pregunto entonces si entienden de la misma manera que es el Espíritu de Dios, y el Espíritu del Padre, y el Espíritu del Hijo; o de manera diferente. Pero es cierto que no se dice Espíritu de Dios, como posesión; como cuando se dice el caballo de alguien, o la casa. Pues mayor es quien posee, que lo que se posee. Pero Dios no es mayor que el Espíritu Santo; porque el Espíritu Santo es Dios, ni Dios es mayor que Dios. Tampoco se dice Espíritu de Dios, como miembro de Dios, como la mano o el pie del hombre: pues Dios no tiene miembro, ni parte alguna. ¿Cómo, entonces, debe entenderse que el Espíritu es de Dios, sino porque lo que es, es de Dios? Pero el nombre de Padre no significa otra cosa que Dios, que es Padre; o su relación con el Hijo, de la cual tiene el nombre de Padre. De manera similar, debe decirse del Hijo. ¿Qué se entiende en el nombre del Hijo, sino Dios que es Hijo, o la relación por la cual se refiere al Padre, por la cual se le llama Hijo? Pero ningún sentido admite que el Espíritu Santo sea el Espíritu del Padre, o del Hijo, según lo que uno es Padre, otro Hijo; sino según lo que ambos son uno y el mismo Dios. Por lo tanto, el mismo entendimiento se aplica cuando se dice Espíritu de Dios, y Espíritu del Padre, y Espíritu del Hijo; pero se dice Espíritu de Dios, y Espíritu del Padre, porque es y procede de Dios, y del Padre. Por lo tanto, es y procede también del Hijo, porque en el mismo sentido se le llama espíritu del Hijo. Pues, cuando se dice que el Espíritu Santo es espíritu de Dios, espíritu del Señor, si no entendemos allí el espíritu del Hijo en el mismo sentido que el espíritu del Padre, o separaremos al Hijo del nombre de Dios o del Señor, o se entenderá de dos maneras el Espíritu de Dios, o espíritu del Señor. Pero, ¿de dónde tienen este sentido, o dónde se lee en la Sagrada Escritura que no se entienda de manera similar del Padre y del Hijo, cuando leemos espíritu de Dios o espíritu del Señor, o qué se encuentra, de donde esto se siga? Pues si dicen: Cuando se dice espíritu del Padre, se entiende de dos maneras: Es espíritu del Padre, porque es del Padre, y porque es dado por el Padre; pero el espíritu del Hijo no es, sino porque es dado por el Hijo. Esto es lo que pregunto, de dónde lo tienen. Y si dicen que en ninguna página auténtica se ha dicho; ni se sigue de lo que allí está escrito: ¿por qué nos reprenden, cuando decimos que el Espíritu Santo procede del Hijo, porque no leen estas palabras; cuando de lo que leen y creen, entendemos que esto se sigue necesariamente? Juzguen también ellos qué debe ser más bien aceptado, aunque en la página sagrada ambos se callen; si lo que nosotros decimos, que el Espíritu Santo procede del Hijo, lo cual mostramos que se sigue de lo que verdaderamente creemos; o lo que ellos dicen, que el Espíritu Santo es de manera diferente el Espíritu del Padre, de manera diferente el del Hijo: lo cual no pueden mostrar ni con autoridad, ni con razón, ni de lo que es cierto. Sin duda, o deben cesar de esta su sentencia, si es que dicen esto, como escucho, que el Espíritu Santo es de manera diferente el espíritu del Hijo, que el espíritu del Padre; cuando en ninguna parte leen esto, ni de dónde lo prueben; o al menos no deben reprendernos, que decimos que el Espíritu Santo procede del Hijo; aunque no leamos esto con estas palabras, porque de lo que igualmente creemos, mostramos que esto se sigue. Pero si cesan de esta su afirmación, crean igualmente con nosotros que el Espíritu Santo es de manera similar el espíritu del Padre y del Hijo, y entiendan que procede del Hijo, como del Padre. Y si dejan de reprendernos, confiesen con nosotros esto, de donde reconocen que no debemos ser reprendidos.

CAPÍTULO XXII [al. XXI].

Por qué en el Símbolo no se expresa la procesión del Espíritu Santo del Hijo: y por qué fue añadida por los latinos, sin consultar a los griegos.

A esto, pues, que nos reprenden en aquel Símbolo, que tanto nosotros como ellos aceptamos y mantenemos, haber añadido que el Espíritu Santo procede del Hijo; y preguntan por qué se hizo esto, y por qué no se mostró primero a su Iglesia, para que se considerara en común, y se

añadiera con común consenso lo que debía añadirse: a esto, digo, tenemos una respuesta suficiente. Pues si se pregunta por qué se hizo, decimos que era necesario por algunos menos entendidos, que no advertían que en aquellas cosas que toda la Iglesia cree, se contiene, y de estas se sigue que el Espíritu Santo procede del Hijo; no sea que dudaran en creer esto. Lo cual cuán necesario fue, lo conocemos por aquellos que lo niegan, porque no está puesto en aquel Símbolo. Por lo tanto, ya que la necesidad lo exigía, y ninguna razón lo prohibía, y la verdadera fe lo admitía; la latinidad lo afirmó con confianza, lo que conocía que debía creerse y confesarse. Sabemos, en efecto, que no todo lo que debemos creer y confesar está dicho allí; ni aquellos que dictaron aquel Símbolo quisieron que la fe cristiana se contentara con creer y confesar solo lo que allí pusieron. Pues para no mencionar otras cosas, no se dice allí que el Señor descendió al infierno; lo cual, sin embargo, tanto nosotros como los griegos creemos. Si dicen que de ninguna manera debía corromperse el Símbolo establecido con tanta autoridad, no juzgamos que sea corrupción, donde no añadimos nada que contradiga lo que allí se dice. Y aunque podríamos defender que esta adición no es corrupción, si alguien, sin embargo, quisiera afirmar esto con contención, respondemos que no lo hemos corrompido, sino que hemos emitido otro nuevo: pues aquel, según la propiedad del dictamen griego traducido, lo conservamos y veneramos íntegro con ellos; pero este, que usamos más frecuentemente en la audiencia del pueblo, dictado al estilo latino con la adición mencionada, lo hemos emitido. Pero en cuanto se pregunta, por qué no se hizo con el consenso de la iglesia griega. Respondemos que era demasiado difícil para los latinos reunir a sus obispos para consultar sobre este asunto; ni era necesario de donde no dudan en llevar esto a cuestión. Pues, ¿cuál es la Iglesia que se extiende por la amplitud de un reino, a la que no le es lícito constituir algo según la fe recta, que se lea o cante útilmente en la asamblea del pueblo? Cuánto más, entonces, fue lícito para los latinos proclamar esto con firmeza, en lo que todas las naciones y todos los reinos, que usan las letras latinas, concuerdan igualmente.

CAPÍTULO XXIII [al. XXII]

Resumen de la doctrina y pruebas de la procesión del Espíritu Santo del Hijo.

Resumamos brevemente lo que se ha demostrado con muchas razones. Consta con razón inexpugnable que el Espíritu Santo es del Hijo, así como es del Padre; sin embargo, no es como de dos diferentes, sino como de uno. Pues de lo que el Padre y el Hijo son uno, es decir, de Dios, es el Espíritu Santo; no de lo que son diferentes entre sí, sino porque Dios, de quien es el Espíritu Santo, es Padre y Hijo; por eso se dice verdaderamente que es del Padre y del Hijo, que son dos. Y puesto que el Padre no es anterior ni posterior al Hijo, ni mayor ni menor, ni uno es más o menos Dios que el otro: no es el Espíritu Santo primero del Padre, que del Hijo; ni del Hijo, que del Padre; ni mayor ni menor es existiendo del Padre, que existiendo del Hijo; ni más ni menos es de uno, que del otro. Pues si fuera primero o después, o mayor o menor, o más o menos de uno que del otro, se seguiría necesariamente que o el Espíritu Santo no sería de esto, en lo que el Padre y el Hijo son uno; o este uno no sería perfectamente y simplemente uno, sino que habría allí alguna diversidad, de la cual, en existir de este mismo uno el Espíritu Santo, habría variedad. Pero no se puede decir que el Espíritu Santo no sea de esto, en lo que el Padre y el Hijo son uno; de lo contrario, no sería de Dios. Ni debe creerse que en ese uno hay, según lo que es, alguna diversidad. Por lo tanto, ni primero ni después, ni mayor ni menor, ni más ni menos es el Espíritu Santo del Padre, que del Hijo; o del Hijo, que del Padre. Pues no puede ser más o menos el mismo Espíritu Santo, que una vez es todo de todo Dios, de uno y sumamente simple Dios.

CAPÍTULO XXIV [al. XXIII].

Que el Espíritu Santo no es principalmente del Padre.

Pero si se dice que el Espíritu Santo es principalmente del Padre, como si fuera más del Padre que del Hijo, no debe decirse así para entender que hay alguna de las variedades mencionadas; sino porque el Hijo tiene de lo que es, del Padre, por eso mismo que el Espíritu Santo es del Hijo, tenerlo del Padre, de quien tiene ser, no se afirma inconvenientemente. Sin embargo, así como tiene ser del Padre el Hijo, que es completamente lo mismo que el Padre, y uno y el mismo Dios: así como solo y simple Dios no puede ser mayor o menor que sí mismo, ni anterior ni posterior, ni tiene algo en sí diferente; así el Hijo no es anterior ni posterior, ni mayor ni menor que el Padre, ni tiene algo en sí diferente de él; sino que así como tiene de él ser perfectamente, así tiene en todo de él igual a él y semejante, más bien lo mismo ser. Por lo tanto, así como el Padre no es más Dios que el Hijo, aunque el Hijo tiene ser del Padre; así no es más el Espíritu Santo del Padre que del Hijo, aunque el Hijo tiene del Padre, que el Espíritu Santo sea de él. Pues en lo que es uno y el mismo con el Padre, es decir, en lo que es Dios, no es otro él, y otro el Padre; ni tiene algo en sí de otro que de sí mismo. Pues cuando decimos Dios de Dios, Hijo del Padre, no entendemos otro Dios de otro Dios; sino el mismo Dios del mismo Dios, aunque decimos otro de otro, es decir, el Hijo del Padre. Pues como se dijo antes, así como Dios, según el nombre que significa unidad, no admite diversidad; así según los nombres que significan ser Dios de Dios, necesariamente admite pluralidad. Si, pues, se dice que el Espíritu Santo es principalmente del Padre; no se significa otra cosa que porque el mismo Hijo, de quien es el Espíritu Santo, tiene del Padre esto mismo, que el Espíritu Santo sea de él; porque lo que es, lo tiene del Padre. No como en las cosas creadas, cuando afirmamos que algo es principalmente, queremos significar que es más esto que se dice ser principalmente, que aquello a lo que se refiere: como cuando el dispensador de algún señor alimenta a la familia de la casa por mandato de él, el señor se dice correctamente alimentarla principalmente y más que el dispensador. Pues no todo lo que es del señor, es del dispensador igualmente; así como lo que es del Padre, también es del Hijo no desigualmente.

CAPÍTULO XXV.

Esta procesión no introduce ninguna prioridad dentro de Dios, excepto la de origen.

Quizás alguien pregunte y se asombre diciendo: ¿Cómo puede entenderse que algo tenga su ser de algo, y no sea de alguna manera aquello de lo que es, más principal y digno; y esto, que es de aquello, de alguna manera menos y casi secundario? Especialmente cuando lo que es de algo parece necesitar, para ser, de aquello de lo que es; mientras que aquello de lo que es, de ninguna manera necesita de lo que es de sí mismo. A lo cual se debe responder que así como la esencia de Dios es muy diferente y ajena a la esencia creada, así, cuando decimos que Dios existe de Dios naciendo o procediendo, esta natividad o procesión debe entenderse de manera muy diferente a cuando decimos que en otras cosas algo nace o procede. Porque allí no hay nada ni por naturaleza, ni por tiempo, ni en algo anterior o posterior, más o menos, ni que necesite de alguna manera de algo: sino que todo lo que es no es tanto igual o semejante a sí mismo y coeterno, como idéntico a sí mismo, y por sí mismo completamente suficiente; ni nace ni procede allí algo, como si progresara de no ser a ser. Así como nuestro entendimiento no puede ir más allá de la eternidad, como para juzgar casi desde su principio; así no puede ni debe sentir o juzgar sobre esta natividad o procesión a semejanza de la criatura. Pero puesto que tanto lo que nace como lo que procede no es otra cosa que aquello de lo que es naciendo o procediendo, que es el único y solo Dios: así como el mismo Dios no es mayor ni menor que sí mismo; así en los tres, esto es, en el Padre, el Hijo y el Espíritu

Santo, no hay algo mayor o menor, ni uno es mayor o menor que otro; aunque es verdad que Dios es de Dios, naciendo y procediendo. CAPÍTULO XXVI.

La verdad de la procesión del Espíritu Santo del Hijo se afirma principalmente porque son ciertas las cosas de las que necesariamente se sigue.

He aquí que hemos visto de cuánta verdad y cuánta necesidad se sigue que el Espíritu Santo procede del Hijo. Si esto no es verdad o algo de lo que hemos dicho que se sigue es falso: lo cual es contra la fe cristiana, que sostenemos con los griegos; o no hemos concluido consecuentemente; lo cual no puede demostrarse. Por lo tanto, si no es verdad, la fe cristiana se destruye. También es evidente para el que entiende, si se supone que es falso, que de allí no nace ninguna verdad. Consideremos también qué sucede cuando se afirma como verdadero. Ciertamente, si es verdad que el Espíritu Santo procede del Hijo como del Padre, se sigue que es el Espíritu del Hijo como del Padre, y es enviado y dado por el Hijo como por el Padre; lo cual enseña la autoridad divina, y de ninguna manera se sigue falsedad alguna. Sin embargo, cuando se niega la procesión del Espíritu Santo del Hijo, induce tal falsedad que destruye aquellas cosas de las que hemos mostrado que se sigue, contra la fe cristiana, y no genera ninguna verdad, y afirmada prueba tal verdad, como hemos mostrado, y no arrastra consigo ninguna falsedad en absoluto, que el corazón racional considere por qué razón la excluye de la fe cristiana. Finalmente, si es un error creer esta procesión del Espíritu Santo del Hijo, la misma autoridad divina nos induce al error, ya que nos enseña tanto aquellas cosas de las que se sigue esta procesión como las que la siguen; y en ninguna parte la niega, ni pronuncia que repugne de alguna manera. Si, por lo tanto, se objeta que en ninguna parte la autoridad divina la presenta, por eso no debe decirse. Digamos de manera similar, que en ninguna parte la niega, ni dice algo que repugne, no debe negarse. Decimos también que la afirma suficientemente, cuando afirma aquello de lo que se prueba; y de ninguna manera significa algo por lo que deba negarse.

CAPÍTULO XXVII.

Si el Espíritu Santo no procediera del Hijo, no habría razón para que el Hijo no procediera del Espíritu Santo.

Por lo tanto, está claro, como he dicho antes, además de esto que el Hijo existe naciendo, y el Espíritu Santo procediendo; también por esta razón, porque el Espíritu Santo es del Hijo, no pueden decirse de uno al otro, y solo por esto, el Hijo no puede ser del Espíritu Santo. Pues, como se ha dicho, o el Hijo es del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo del Hijo; si el Espíritu Santo no fuera del Hijo, se seguiría que el Hijo es del Espíritu Santo. Así aparece por las razones mencionadas, que el Padre es Dios de quien es Dios, y no es Dios de Dios; y el Hijo es Dios de Dios, y Dios de quien es Dios; y el Espíritu Santo es Dios de Dios, ni es Dios de quien es Dios. Y aunque del Padre son dos, es decir, el Hijo y el Espíritu Santo, no obstante, no son dos dioses del Padre, sino uno es Dios que es el Hijo y el Espíritu Santo. Y aunque hay dos, de quien es el Hijo y quien es del Hijo; es decir, el Padre y el Espíritu Santo, no obstante, no son dos dioses, sino un Dios, que es el Padre y el Espíritu Santo. Y aunque el Espíritu Santo es de dos, es decir, del Padre y del Hijo, no obstante, no es de dos dioses, sino de un solo Dios, que es el Padre y el Hijo. Si, sin embargo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se consideran dos a dos, está claro por lo que se ha dicho, que es necesario que uno sea del otro porque aquel no es de sí mismo: o no ser porque aquel es de sí mismo. Pues si comparamos al Padre y al Hijo, vemos que el Hijo es del Padre, porque el Padre no es de él; y el Padre no es del Hijo, porque el Hijo es del Padre. Y de manera similar si consideramos al Padre y al Espíritu Santo, encontramos que el Espíritu Santo es del Padre; porque el Padre no

es de él; y el Padre no es del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es de él. Así también si el Hijo y el Espíritu Santo cómo son entre sí, observamos; entendemos que el Espíritu Santo es del Hijo, porque el Hijo no es de él; y el Hijo no es del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es del Hijo. Aparece, por lo tanto, lo que dije antes, que las relaciones mencionadas, aunque están en uno, no pueden introducir su pluralidad en la unidad; ni la unidad su singularidad en las relaciones.

CAPÍTULO XXVIII.

Comunes y propias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo

Por otra parte, hay seis diferencias del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, nacidas de estos nombres, es decir, tener Padre y no tener Padre; tener Hijo, y no tener Hijo; tener Espíritu Santo procedente de sí mismo, y no tener Espíritu Santo procedente de sí mismo. De estas diferencias, cada uno tiene una propia, por la cual difiere de los otros dos; y dos así comunes y propias, que con la que comunica con uno, con esa difiere del otro. Pues el Padre tiene al Hijo solo, por lo cual difiere de los otros dos; tiene al Espíritu Santo procedente de sí, lo cual es común con el Hijo, y por lo cual difiere del Espíritu Santo; pero no tiene Padre, como tampoco el Espíritu Santo, y en esto difiere del Hijo. El Hijo solo tiene Padre, en lo cual difiere del Padre y del Espíritu Santo: y es común con el Padre, como se ha dicho, porque el Espíritu Santo procede de él, de donde está separado del mismo Espíritu Santo; pero carece de Hijo, como el Espíritu Santo de donde difiere del Padre. El Espíritu Santo es el único de quien no procede otro: es común con el Padre, como he dicho, no tener Padre, en lo cual es diferente del Hijo; con el Hijo también es común, como ya se ha mostrado, no tener Hijo de donde no concuerda con el Padre. Así pues, solo el Padre es quien no es de nadie, y de quien son los otros dos. Solo en cambio el Espíritu Santo es quien es de dos, y de quien no es nadie. Solo el Hijo quien es de uno, y de quien es uno. Es común a los tres, tener relación con dos: pues el Padre se refiere al Hijo y al Espíritu Santo, como a aquellos que son de sí mismo: el Hijo al Padre y al Espíritu Santo, porque es del Padre, y el Espíritu Santo de él; el Espíritu Santo al Padre y al Hijo, porque es de ambos. Por lo tanto, cada uno posee sus propiedades, cuya colección no es la misma en otro, a semejanza de las diversas personas humanas. Pues las personas humanas son diferentes entre sí, porque la colección de propiedades de cada uno no es la misma en otra. Sin embargo, hay algo diferente: pues en las personas humanas si hay una persona, hay un hombre; y si hay un hombre, hay una persona: asimismo, si hay varias personas, también hay varios hombres; y si estos son varios, tampoco evitan la pluralidad. En Dios, sin embargo, aunque hay tres personas, no obstante, hay un solo Dios: y aunque hay un solo Dios, de ninguna manera las personas pierden su pluralidad. Por lo tanto, en esto que Dios se dice relativamente a Dios, como varios hombres, admite la pluralidad y diversidad de personas; en esto que es por sí mismo, es decir, en Dios, guarda la singularidad inseparable, a semejanza de un solo hombre: pues la pluralidad de personas humanas no es sino en varios hombres, ni un solo hombre acepta la pluralidad de personas; pero Dios es uno en tres personas, y tres personas un solo Dios. De esta manera, ni la propiedad de una sola ni de diversas personas se conserva completamente.

CAPÍTULO XXIX.

En Dios, por lo propio es la pluralidad de personas; por lo común, la unidad de esencia.

¿Por qué es así, aunque en la epístola mencionada sobre la encarnación del Verbo, he dicho algo sobre esto, sin embargo, brevemente lo repetiré aquí. A menudo sucede que varias cosas se unen en una bajo el mismo nombre y la misma cantidad, que tenían individualmente antes

de unirse. Pues si añadimos punto a punto sin intervalo o colocamos una línea igual en una línea igual, o una superficie igual en una superficie igual, no se hace sino un solo punto, una sola línea, una sola superficie. En muchos, si alguien quiere buscar, encontrará cosas similares. De esta manera, aunque no hay varias eternidades, si se dice eternidad en eternidad, no hay sino una sola eternidad; y luz en luz, es una sola luz. De la misma manera, cualquiera de las cosas que se dicen de la esencia de Dios, si se replican en sí mismas, no aumentan la cantidad, ni admiten pluralidad. Y puesto que Dios es eternidad, así como fuera de la eternidad no hay nada en absoluto, así fuera de Dios no hay absolutamente nada: y así como eternidad en eternidad no es sino una sola eternidad, así Dios en Dios, es un solo Dios. Pero tenemos de la verdadera fe que Dios es de Dios, naciendo, y Dios de Dios, procediendo. Pero puesto que no hay nada fuera de Dios, cuando Dios nace de Dios o cuando Dios procede de Dios, el que nace o procede no sale fuera de Dios, sino que permanece en Dios. Por lo tanto, ya que Dios en Dios no es sino un solo Dios, cuando Dios nace de Dios, es un solo Dios engendrante y engendrado: y cuando Dios procede de Dios, es un solo Dios procedente y de quien procede. De donde se sigue inevitablemente: puesto que Dios no tiene partes, sino que es todo lo que es; el mismo y no otro Dios, es todo Padre, todo Hijo, todo Espíritu Santo. Por lo tanto, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por esto que cuando Dios es de Dios y Dios en Dios, no es sino un solo Dios; guardan en la Deidad, a semejanza de un solo hombre, la singularidad: por esto, que cuando Dios es de Dios o naciendo o procediendo, no puede ser uno y el mismo quien es de algo, y de quien es; según los nombres que significan estas relaciones, mantienen, como diversas personas humanas, la pluralidad. Sin embargo, debe notarse que ni Dios está sin persona, ni persona sin Dios; y que a veces atribuimos a cada persona las propiedades de cada una, a veces a una como propia, lo que es común a las otras. Pues cuando decimos: solo el Padre es en tres personas, quien no es de nadie, solo el Hijo es quien es de uno y de quien es uno; solo el Espíritu Santo es, de quien no es nadie; nombrando a cada persona, atribuimos a cada una lo propio. Pero cuando leemos: Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno sino el Hijo (Mateo XI, 27). Y las cosas de Dios, nadie las conoció sino el Espíritu de Dios (I Cor. II, 11). Aunque parece que la Escritura niega de las otras lo que dice de una persona, sin embargo, es común a todas lo que atribuye a cada una como propio. Pues el Padre o el Hijo no ignoran a sí mismos y las cosas de Dios, ni el Espíritu Santo al Padre o al Hijo. Por qué y cuándo lo que se dice de uno como de solo, se entiende de los otros, se ha dicho suficientemente arriba.

Clausura de la obra.

Estas cosas sobre la procesión del Espíritu Santo, obligado por otros, no de mí mismo, sino confiando en el mismo Espíritu Santo, me atreví a escribir para los latinos contra los griegos; y con esa ocasión añadir algo sobre la unidad de la Deidad y la Trinidad de personas, aunque hay innumerables entre aquellos que usan las letras latinas, que pueden hacerlo mejor que yo. Por lo tanto, cualquier cosa que haya dicho que deba ser aceptada, no se me atribuya a mí, sino al Espíritu de verdad. Si, sin embargo, he dicho algo que de alguna manera deba corregirse, que se me impute a mí, no al sentido de la latinidad [Iglesia Latina].